

Mari Yan

## Contacto con Europa



ALEMANIA, Italia, Francia...

Es cierto que por Alemania pasé rápidamente. Pero en vano busqué la expresión de un arte moderno: estancamiento de todo movimiento creador, de toda búsqueda artística. Y abandoné ese país convencida más que nunca de aquella verdad: los pueblos bajo las dictaduras se suicidan artísticamente.

En la patria de Goethe y de Beethoven se persigue ahora a escritores de gran valor, se vacían los museos de millares de cuadros que, según el concepto nacional-socialista, ofenden el nuevo ideal de los arios puros, y se declara la guerra a aquello que los alemanes de hoy se empeñan en llamar «bolchevismo del arte».

Entre los escritores en boga y los consejeros artísticos del régimen hay dos, llamados Hausen y Willrich. Este último ha publicado un libro, que titula «Depuración del templo del arte».

Pintor ario-nórdico, califica el arte gótico alemán de «convulsión cristiana». Los cuadros que representan

escenas religiosas son, a su juicio, «productos de la psicosis del pecado original». Y agrega: «Todo artista que ha llegado a comprender la idea de raza, se niega a admirar las escenas del cielo y del infierno, de la resurrección y del juicio final». Y sueña con un porvenir en que «la sangre germánica haya eliminado todas las influencias orientales cristianas».

El otro esteta oficial, Hausen, se ha hecho famoso por haber declarado lo siguiente ante las personalidades convocadas en el Ministerio de Educación Nacional: «No queremos más Rembrandt y compañía, pintores de ghetto». Según su criterio, hay que suprimir de los museos artistas tales como Grünewald y Van Gogh, cuyas obras «no estando de acuerdo con la mentalidad nacional-socialista, no deben ser impuestos al sano espíritu del pueblo alemán». Mientras se «depuran» de este modo las galerías de arte, se ensalza un arte alemán propio «nacido del espíritu reformador de los S. A.».

Igual cosa ocurre en el arte literario.

Una noche en Nüremberg, en uno de esos pintorescos cafés del antiguo barrio gótico, que ostenta como todos los restaurantes y cafés de la Alemania de hoy, el inevitable cartel «no se admiten judíos», trabamos amistad con un grupo de estudiantes que nos observaban con curiosidad (los turistas son pájaros raros hoy en Alemania) y que concluyeron brindando a nuestra salud con sus clásicos vasos de cerveza. Uno de ellos tocaba el acordeón y para festejarnos cantaron, entre

todos, un cautivador coro popular. A la noche siguiente, volvimos al característico café y nuevamente conversamos con nuestros recientes amigos. Entre ellos se encontraban un profesor universitario y un periodista, ambos muy cultos. Les hicimos mil preguntas, a medida que la atmósfera se hacía más cálida bajo la influencia de la música y de los brindis. Tanto el uno como el otro, eran entusiastas partidarios del Führer (de otro modo no se comprende que hubieran conservado su cátedra y su tribuna) y pusieron por las nubes el régimen: ya no hay miseria en Alemania, los siete millones de cesantes tienen trabajo, se ha roto el humillante Tratado de Versalles; el desorden, las revueltas y el descontento han sido exterminados. Al mismo tiempo, el nazismo ha incitado el crecimiento de la industria y del trabajo, la construcción de grandes edificios, estadios y caminos. Ha creado, por fin, un espíritu de sacrificio y de lealtad en el pueblo. En suma, régimen perfecto.

Todo eso es verdad, pero ¿y en materia de arte?, preguntamos. ¿Dónde están los nuevos grandes valores, no sólo los artistas, sino los sabios, los creadores en todo orden de cosas?

Ambos estuvieron de acuerdo en que, a excepción de la arquitectura que florece en forma esplendorosa, la creación artística en general es muy mediocre.

—En literatura, por ejemplo, ¿qué nuevo gran valor tienen?

—Ninguno después de Thomas Mann.

—Pero Thomas Mann no es ya mucho de ustedes, porque no puede entrar a Alemania y además no es un valor nuevo: su gloria remonta a más de quince años.

—Es triste confesarlo, pero no hemos tenido después ninguno grande.

¿Cómo podría ser de otro modo? Un régimen que coarta la libertad, la expresión íntima del individuo; un régimen que encierra a cada ser humano en un molde; que reniega de todo lo que es y ha sido la esencia misma del hombre; un régimen, en fin, que reemplaza los ideales y las aspiraciones por un amor desenfrenado hacia la patria, por una egolatría fanática, no puede tener grandes hombres.

No los tuvo Esparta. No los tendrá Alemania.

En Italia, país a que seguimos en seguida, ocurre en materia artística algo parecido: escasa creación musical y pictórica; algunos buenos poetas, como Govoni y otros. Pero con Ungaretti, digno sucesor de Leopardi, y Pirandello, ambos conocidos desde hace más de veinte años, se ha cerrado la era de los genios literarios.

Descontando la densa atmósfera dictatorial que sofoca y marchita toda libre expresión artística, ¿de qué modo podrían formarse en estos países los intelectuales y los artistas? ¡Pero si las Universidades apenas funcionan! En Roma visitamos varias veces la Ciudad Universitaria, maravilla arquitectónica: generalmente las aulas están desiertas, las salas clausuradas. Entretanto, los estudiantes, en los amplios predios que la

circundan, hacen maniobras militares y aprenden a usar las ametralladoras con infatigable esfuerzo. Sí. El turista queda asombrado de la conciencia y del apremio con que toda la juventud fascista, aun los más pequeños, los balilas, están preparándose para la guerra.

Esta es, a grandes rasgos, la impresión que me ha quedado en un fugaz contacto con los pueblos fascistas.

Francia... llegamos, por fin, a Francia.

¡Ah! Toda ella es una protesta conmovedora contra aquéllos que subordinan los grandes ideales de la humanidad a odios de religión y de raza, a nacionalismos egoístas y a rivalidades industriales. Y siempre humana, antes que todo humana, Francia abre sus magníficas puertas a la inacabable romería de refugiados y de desdichados que la barbarie de las bayonetas y de los sectarismos condena a vagar sin hogar por el mundo.

Contrariamente a lo que se me había dicho, encontré que París no ha decaído ni ha cambiado. Que su vida, su dinamismo y su intensidad son iguales a los que conocí en otros viajes.

Sí, París es hoy lo que era ayer, lo que será siempre: una maravillosa ciudad, bella como un poema de Malherbe, con cien almas diferentes, tan distantes y desconocidas las unas de las otras, cual si fueran cien ciudades diversas. La multitud que las puebla difiere también totalmente. ¿Qué hay de común, por ejemplo, entre los restaurantes de lujo de la Opera o los Campos Elíseos con sus banqueros y sus cortesanas, y los

bohemos de Montparnasse? ¿Qué semejanza entre los estudiantes del Quartier Latin y el público un poco viejo y cansado de Montmartre? Son multitudes que no se conocerán fácilmente, porque ni sus problemas ni sus ocupaciones las acercan. Es la misma diversidad que existe entre los bellos edificios de l'Etoile o el desfile de árboles del Bois, y ese barrio de piedras parlantes en que se alza el bloque magnífico y sombrío de Nôtre Dame. Sin embargo, al sonido de un toque misterioso, esas almas multiformes se fundirán en una sola, que sabrá inmolarse por el mismo gran ideal.

Apenas llegué a París, el Pen Club de Francia me dió espléndida hospitalidad en la lujosa mansión que posee cerca de los Campos Elíseos y en la que ofrece alojamiento a los escritores que pertenecen a los Pen Club de los diferentes países del mundo. Esta mansión, obsequiada e instalada lujosamente por el Gobierno francés, como homenaje a una institución de acercamiento internacional, es un «pied a terre» para los escritores extranjeros que están de paso en París o para los que permanecen algún tiempo, mientras buscan un alojamiento estable.

De la bella residencia emana una atmósfera reposante. Nada que perturbe los nervios ni el espíritu: líneas simples, grandes ventanales, tapices muy claros y en cada sala un solo cuadro, «chef d'oeuvre» de alguna firma famosa. Una amplísima biblioteca, también en tonalidades muy pálidas, contiene las principales obras de la literatura francesa, contemporánea y clási-

ca, y está a disposición de los alojados. A pesar de ser esta mansión una Babilonia, pues acoge en su seno a escritores de todas las nacionalidades, reina siempre en ella un gran silencio: la mayoría de los huéspedes pasa el día afuera y sólo llega a dormir; aquéllos que no salen permanecen en la biblioteca sumidos en sus lecturas o trabajos.

¡Delicioso retiro de paz y silencio, en pleno corazón de París, éste de la casa de los Pen Clubs de Francia, tronco de un árbol robusto que extiende sus ramas a través de mares y montañas!

Mis vecinos de pieza eran el gran Guglielmo Ferrero y su esposa Gina Lombroso. Además, alojaban allí en esos días, Pierard, presidente del Pen Club belga, un matrimonio de holandeses, ambos novelistas y el fundador del Pen Club de China.

Conversé dos o tres veces con Ferrero. Delgado y alto, de rasgos nobles y enérgicos, su cabeza apolínea, de cabellera gris, tiene la viril estampa de una de esas grandes y romanescas figuras del Renacimiento. De su persona se desprende una especie de serenidad augusta, teñida de melancolía. Lleva consigo un pesar incurable: hace dos años murió en un accidente automovilístico, Leo, su hijo de treinta años, gran poeta, sucesor de Fóscolo, y que a pesar de su juventud alcanzó a conocer el sabor de la gloria con sus poemas y con su producción dramática, «Angélica», obra político-simbólica, estrenada con enorme éxito en París. ¡Cómo conformarse con la desaparición de esa joven

vida en la plenitud de su genio y prometedora de todas las glorias!

Ferrero evoca con voz suave y lenta, temblorosa de emoción, la figura cautivante de su hijo. Después evoca a Italia y siento, inmenso también, su dolor de desterrado.

En los salones del Pen Club, se ofrece una reunión en honor de Ferrero. Benjamín Cremieux, con su expresiva y vigorosa palabra, saluda al ilustre exilado italiano y recuerda la luminosa figura del hijo arrebatado por la muerte en el umbral de su gloria. Se leen unos poemas de Leo: «La tempestad», «A mi madre» y otros, y nos deslumbra en esa poesía que brota sin esfuerzo, como de muy adentro, un no sé qué misterioso y extraño, cual si su sensibilidad de poeta místico hubiera palpado de antemano las cosas del otro lado. Entretanto, Gina Lombroso, madre del poeta, llora.

Mi permanencia en la residencia de los Pen Clubs dura ocho días. En seguida voy a instalarme en el Hotel Lutetia, de l'autre côté de l'eau, en ese París que prefiero a todos con sus viejos rincones, sus palacios aristocráticos y sus callejuelas tortuosas. El Lutetia queda lejos de lo que yo llamo «triángulo de los sudamericanos»: Etoile-Concorde-Opera, incluyendo en un extremo al Bois y en el otro a Montmartre. En efecto, la parte elegante de las colonias sudamericanas, se mueve casi exclusivamente dentro de ese triángulo que resume para ellos la Ciudad Luz.



Las otras fisonomías de ese París de mil caras, las ignoran o las desdeñan.

¿Saben acaso de ciertas noches en que por la Montaña Sainte Genéviève se pasea el fantasma de Francois Villon, mientras la luna ilumina las moles patinadas y ruinosas de sus piedras evocadoras? ¿Saben del misterio de esas callejuelas góticas, de nombres bizarros, que arrancan de la isla San Louis hasta perderse en el complicado dédalo de lo que fué el corazón medioeval de París? Hay en esa parte rincones de una poesía inefable; hay pequeños restaurantes legendarios poblados de un público extraño, pintoresco, que nunca vuelve a encontrarse en otro sitio.

Estando una noche en uno de ellos en compañía de mi amiga Maina Jablonsky, periodista francesa, entró un hombre moreno, bien parecido y se sentó en una mesa cercana a la nuestra, rodeado de una corte de artistas.

—Picasso... me dijo mi amiga.

Así tuve la ocasión de observar de cerca a ese monstruo genial, ese español de París de cincuenta y siete años, semidiós del cubismo.

Apenas instalada en el Lutetia, Cremieux fué a visitarme y me anunció que se daría una comida en mi honor y que debía preparar un «speech» pues Mr. Paulhan me ofrecería la manifestación. Confieso que mi modestia quedó sorprendida. Así pues, ¿los franceses toman ahora en cuenta la labor silenciosa de los hispano-americanos? Hoy que, en nuestra lejana América, no

tenemos ya la puerta de España para entrar con nuestras obras a Europa, resulta aun más difícil para el latinoamericano llegar alguna vez hasta los grandes públicos europeos, demasiados ensimismados en sus problemas y en su enorme producción artística para desviar los ojos hacia nuestras lejanas tierras.

Cremieux sabía algo de mi obra por Supervielle y Dominique Braga, que, durante su estada en el Congreso del año 1936 en Buenos Aires, habían leído una de mis novelas, la más campesina, «El abrazo de la tierra».

—Usted debería hacer traducir sus libros—me dice Cremieux.

—¡Qué interés pueden tener! Son libros del campo chileno, muy sencillos.

—¡Ah! Precisamente. Los libros criollos, «paysans», tienen gran éxito en París. Más que el estudio psicológico, que se hace en profusión aquí, buscamos en ustedes lo exótico, el sabor de esas costumbres y esa tierra que desconocemos. Y la frescura de vertiente que suele tener la obra de los sudamericanos, nos seduce como algo virgen.

La comida que en el Elysée Palace Hotel me ofrecieron los escritores de Pen Club Francés, resultó concurrentísima y tuve ocasión de conocer esa noche a muchos intelectuales jóvenes, periodistas, poetas, novelistas, etc. Entre otros a Jean Jacques Bernard, autor de la exquisita obra teatral «L'Áme en Peine» que dieron los Pittoef con gran éxito en el Theatre des

Arts; también a Luc Durtain, a Lucie Paul Margeritte, a Marie Anne Comnene, novelista, esposa de Cremieux; encontré además a algunos antiguos amigos como el poeta Jules Supervielle que era uno de los que se sentó a mi lado; el actor Lugné Poe, etc. En ausencia de Jules Romains, que se encontraba en Varsovia, presidió la comida Mr. Jean Paublan, director de la «Nouvelle Revue Française», la revista literaria más importante de París, y ofreció la manifestación en términos generosos, haciendo una cálida semblanza de mi obra literaria. Contesté expresando cómo el escritor francés, no solamente en todo tiempo, se ha adelantado a su época como creador, sino que, mejor aun, ha sabido comprender que la tarea del intelectual, del artista es, ante todo, una tarea de iluminación. Y más que ningún otro escritor ha conseguido mezclar su pensamiento con el alma de las multitudes. «A ello se debe, concluí, que el escritor francés haya llegado a ser el escritor universal, el escritor eterno».

Noté un interés que antes no existía por Sudamérica, por Chile. Todos me hacían preguntas interesantes y a través de mis respuestas les parecía penetrar un poco en el alma de esa América española, selvática y generosa. A los franceses se les ha tachado de no aprender geografía; con sorpresa escuché esa noche que casi todos sabían que Chile es una faja larga y angosta, y aun una señora agregó con «esprit»: «Es un muestrario de todos los climas». A cualquiera explicación

que yo hacía de nuestras características, exclamaban con entusiasmo: «*Mais, c'est charmant...*».

Días después, en otra comida literaria a que asistí, Eugenio Labarca, nuestro compatriota que acaba de recibir las palmas académicas y que tiene gran situación entre los intelectuales, pues, además de mantener un periódico, realiza una labor de acercamiento, me presentó a Mr. Vignaud, presidente de la *Société de Gens des Lettres*, quien al saberme fundadora del *Pen Club de Chile* me manifestó la conveniencia de que, en compañía de Labarca, representara a mi país en las grandes fiestas que, con motivo del centenario de la Sociedad que él preside, se verificarían en breve. El Perú sería representado por su Ministro don Francisco García Calderón; el Brasil por su Embajador, señor Souza Dantas y México por el conocido historiador señor Núñez Domínguez. Labarca y yo aceptamos muy complacidos el ser delegados de Chile.

Un mes más tarde se efectuaron las fiestas con una magnificencia extraordinaria. Baile en el Palacio Mas-sá, cede de la *Société des Gens des Lettres*, magnífica mansión rodeada de jardines que fué trasladada, piedra por piedra, de los Campos Elíseos a la rue Saint Jacques. Garden party ofrecido por el Presidente de la República en el Elíseo. Recepción en Versailles. Baile en el antiguo y suntuoso palacio de la Municipalidad, con lacayos de librea y calzón corto que a lo largo de la imponente escala se anunciaba en voz alta los nombres de los que llegaban. Para finalizar, recep-

ción ofrecida por la Academia Francesa en Chantilly, hoy en día propiedad de ese instituto de ancianos. Los Inmortales pasearon a sus invitados por las avenidas y el Castillo de Chantilly, romántico marco que guarda aún el perfume de sus escenas legendarias y galantes, y concluyeron por festejarlos con un té en la Maison de Silvie, rincón poético en que el poeta Theophile dejó el recuerdo, el elogio y la canción de la hermosa Silvia. Durante los discursos, se saludó y se dió la bien venida a los delegados extranjeros.

Pero lo más interesante para mí, en París, no fueron esas ceremonias ni esas relaciones académicas, sino sentir la vibración callejera, conversar con estudiantes, con obreros, incorporarme al alma parisiense y tomar el pulso a ese corazón del mundo que es París.

¿Alegría sana? No, no la hay. Desde luego no se puede decir que el pueblo francés sea precisamente alegre, como el italiano, como el español. Es dinámico, inquieto, nervioso, vibrante, pero sabe ya demasiadas cosas para ser sencillamente alegre.

Además, el espectro de la guerra flota en el aire y la juventud francesa vive en estos momentos las mayores angustias. ¿Qué será de ellos mañana? Tengo amigos estudiantes, jóvenes ingenieros, jóvenes médicos. Todos saben que al primer toque de guerra serán llamados a las filas. Sus padres, sus hermanos han hecho ayer no más la guerra. Y viven con esa zozobra, con esa obsesión que les produce una neurosis de angustia: las trincheras, la muerte... Uno de ellos me dice:

«Trabajo ¿para qué? Construyo ¿para qué? Mañana seré carne de cañón». Todos pronuncian con la misma patética expresión la palabra amenazadora: ¡Mañana! Y el viajero que como yo, pasa rápidamente, se contagia también con ese horror colectivo, y siente cerca el espectro de la muerte, y en su mente penetra con la imperiosa y cruel proximidad de una catástrofe, la pavorosa palabra: ¡Mañana!

Esa misma angustia, quizás, es el eje de un resurgimiento artístico enorme. En Francia hay creación y creación perdurable. Todos los días ven la luz novelas y revistas; el teatro vuelve a su antiguo prestigio; nuevos talentos surgen de las sombras y los ambientes artísticos se estremecen animados por el soplo inmortal de la vida.

En el Salón Oficial, en el de Artistas Libres, en el de Estudiantes, se encuentra espontaneidad, frescura, emoción y llama, todo aquello, en fin, que debe poseer el arte joven y duradero.

Julien Green, Aragón, Malraux, Bretón, Bernanos, conocidos ya universalmente, publican nuevos libros que atraviesan las fronteras y que son valiosas joyas en el inmenso estuche de la literatura moderna francesa.

¡París, crisol magnífico, ciudad de contrastes, ciudad mágica que, por sobre todas las cosas ama su libertad! Jamás el pueblo francés aceptará las cadenas de la dictadura. Y mientras conserve el precioso don de la libertad, estará en pleno resurgimiento intelectual.

Porque el arte y en especial el arte literario, como belleza de la expresión del pensamiento libre, no puede cultivarse en los pesados climas de las dictaduras, ni produce frutos junto a los miasmas de la desintegración social y moral en que se desenvuelven los países totalitarios. Necesita del aire puro de la libertad.

Y los pueblos que aceptan regímenes de fuerza o que engrandecen a su patria a costa de la humanidad, se suicidan artísticamente.